

Javier de Viana



La Chingola

textos.info
biblioteca digital abierta

La Chingola

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7658

Título: La Chingola

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 31 de agosto de 2022

Fecha de modificación: 31 de agosto de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La Chingola

A Luis Doello Jurado.

Lo llamaban el "Valle del Venteveo". Era chico: poco más de dos mil cuadras cerradas al oeste por el arco de una serranía baja y azul; al este por un río de frondoso bosque; al norte un arroyuelo ribeteado de sauces y sarandises; al sur un cañadón sobre cuyo lecho pedregoso cantaban las aguas arpegios de vidalitas; encantando a las mojarra blancas, alegres, lindas como mañanas de otoño.

Lo llamaban el "Valle del Venteveo", quién sabe por qué; venteveos había muchos, pero ¿qué clase de pájaros no volaba sobre las lomas graciosas, o no picoteaba en la verdura de los llanos o no alborotaba en la maraña de los montes, o no se bañaba en las lagunas o no se inmovilizaba, observando el horizonte desde las cobálticas asperezas de la sierra?... Como no existían bañados, faltaban chajaes, garzas y mirasoles; pero, en cambio, las perdices infectaban las cuchillas, en los charcos remaban plácidamente patos y biguás, en los caminos saltaban en cardúmen las cachilas, en el rastrojo hormigueaban las torcaces, en los eucaliptos disputaban las cotorras con estridencias femeninas, en los postes del corral edificaban los horneros; sobre los paraísos trinaban cardenales, calandrias, pirinchos, jilgueros, mixtos, viuditas y chingolos; en la sierra, los cuervos cuajaban los molles como enormes flores negras, mientras desde los picachos, las águilas lanzaban a la llanura la mirada combativa de sus pupilas de fuego; y en el bosque, el enjambre, las alas de todos los tamaños, las plumas de todos los colores, los trinos de todos los tonos.

Había pájaros en cantidad fabulosa en aquel valle, al cual no me explico por qué llamaron del "Venteveo", honrando un bicho ordinario, atrevido, inservible hasta para ser comido. Quizá por eso.

De cualquier modo, aquel era el valle de los pájaros. A don Casiano, el dueño de la estancia, un cincuentón, fuerte y alegre, llamábanle el "Tordo", y tenía más de veinte ahijados en el contorno; a doña Micaela, su esposa,

dábanle el apodo de "Urraca" por su avarienta tacañería; a Floro, el hijo mayor, conocíasele por "Picaflor" y en sus treinta años de existencia había pialado más corazones femeninos que terneros de marca; al mayordomo, Dionisio, le decían "Carancho", porque para medrar no le hacía asco a ninguna carniza, siendo capaz de tragarse, sin daño, una vaca con carbunco; Luis, el peón favorito de don Casiano, era apodado el "Hornero", quizá por su aspecto modesto, quizá por su laboriosidad excepcional, y, por último, Margarita, la hija única de los patrones, la trigüeña flacucha, en cuyo rostro menudo sobran ojos y labios, la morocha que al caminar tenía compases de tango y al hablar compases de petenera, era conocida en el pago por la "Chingola".

Era buena, buena infinitamente buena, la "Chingola"; tan buena que a ningún mozo le negaba un beso ni se enfadaba jamás por un pellizcón; decía:

—¡Que bruto!...—y se reía.

Luis estaba zonzamente enamorado de Claudia, la "Chingola", pero nunca le decía nada y sufría al verla saltar, gritar, ágil y alegre como una chingola, en brazos de un galán cualquiera.

Un día—una tarde caliginosa—el "Hornero" estaba sentado sobre una cabeza de vaca, bajo la enramada, remendando un cojinillo, cuando la "Chingola" llegóse por detrás, le echó los brazos al cuello y, besándolo en la nuca, le dijo riendo:

—¡A la hora de la siesta no se trabaja!

Volvióse el mozo sobresaltado y con raro atrevimiento la tomó en los brazos, la estrujó fuertemente, le bebió los labios y exclamó luego, temblando:

—¡Yo te quiero!

—¿Sí?—preguntó ella sonriendo.

Él:

—¿Querés casarte conmigo?... ¡Vos no sabes cómo yo te quiero, cómo pienso en vos a cada momento, como me privo de todo placer, de toda diversión, para dir rejuntando unos pesos que me permitan hoy o mañana,

levantar un casucho para ofrecértelo!...

—¿De veras?—exclamó la "Chingola", emocionada.—¡Pabrecito "Hornero"!—y abrazándolo de nuevo, lo besó con vehemencia en la frente, en los ojos y en la boca.

Ladraron los perros. Llegaban a las casas el sargento Serapio y un soldado. Claudia dio un brinco corrió al encuentro del recién llegado:

—Bájese, Serapio.

Serapio desmontó, le dio la mano, apretando la de ella; ella se arrimó a él y él la oprimió contra el pecho, largó la rienda, le tomó la cara con la mano izquierda y le dio un beso en la boca. La "Chingola" dejó hacer, y luego, dando un brinco, exclamó:

—¡Luis, está el sargento!

Luis, después de haber presenciado la escena, había tomado nuevamente la lezna y recomenzaba la compostura del cojinillo.

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó

de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.